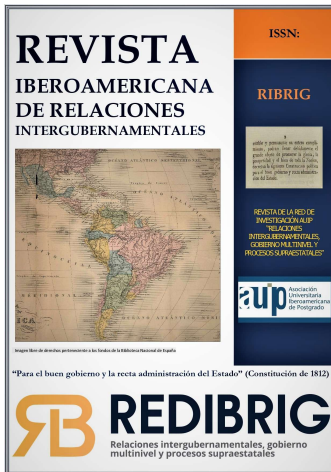


RECENSIONES

A The Revolt of the Public and the Crisis of Authority in the New Millennium, de Martin Gurri. Stripe Press. San Francisco. 2018, 448 págs.



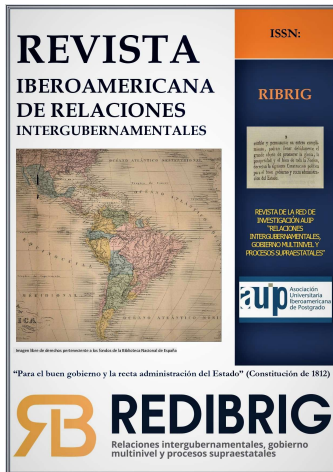
Para citar:

Martin Gurri, *A The Revolt of the Public and the Crisis of Authority in the New Millennium*, de Martin Gurri. Stripe Press. San Francisco. 2018, 448 págs. (Revisión de José Joaquín Fernández Alles), *Revista Iberoamericana de Relaciones Intergubernamentales*, 5, 2024, 1-28.

1. El *background* de la rebelión de lo público

La rebelión de lo público. La crisis de la autoridad en el nuevo milenio es un lúcido y necesario ensayo del escritor Martin Gurri, cuyos análisis surgen a partir de su experiencia como observador del contexto internacional y de los Estados Unidos en su condición de antiguo analista de la CIA. No obstante, el lector de *La Rebelión de lo Público* conectará rápidamente sus contenidos con los presupuestos teóricos asentados por la obra del sociólogo polaco Zygmunt Bauman, Jürgen Habermas y de otros conocidos autores que se tratan en esta reseña. Aclaremos de antemano que Gurri, habanero con orígenes gibraltareños y barceloneses (San Celoni) se dedicó profesionalmente, como decimos, al análisis de inteligencia como agente de la CIA (Estados Unidos) y que posteriormente ha ejercido diversas colaboraciones académicas y periodísticas en América y Europa.

Para situar debidamente el objeto de la obra de Gurri, comenzamos nuestras reflexiones desde el pensamiento de Bauman, especialmente con sus conceptos de "Modernidad Líquida" y el "Estado de crisis", donde se ofrece

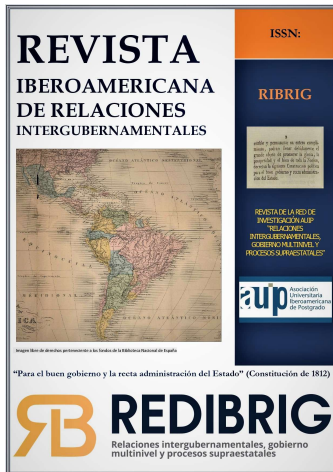


una de las concepciones intelectuales más relevantes para entender el siglo XXI.

Mientras Bauman aporta el marco macro-sociológico (cómo las estructuras sólidas se derritieron), Gurri proporciona la explicación mecánica y tecnológica del proceso, esto es, cómo internet aceleró ese proceso a través de la información y las últimas consecuencias de la crisis de la autoridad.

Entre ambos autores, podemos trazar cuatro conexiones fundamentales. En primer lugar, el paso de las "Instituciones Sólidas" a las "Instituciones Líquidas". Bauman explica que la modernidad clásica (la "sólida") se caracterizaba por instituciones fuertes, estables y jerárquicas (el Estado, los partidos, la familia, el empleo de por vida) que daban certezas al individuo. En la modernidad líquida, todas estas estructuras se debilitan, se licuan y pierden su forma estable, dejando al ser humano en un estado de permanente desprotección y desorientación. Gurri concreta el motor tecnológico de este fenómeno. Lo que derrite las instituciones sólidas de Bauman es el colapso de la escasez de información. Las instituciones eran sólidas porque controlaban la información; al inundar el mundo con datos e internet, la estructura jerárquica se vuelve "líquida", incapaz de contener las dinámicas de la sociedad. El proceso se completa con la crisis de la autoridad (también la autoridad informativa) y con la fragmentación del espacio público.

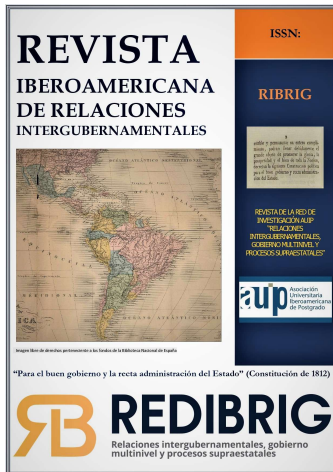
Añadamos ahora la aplicación política y legislativa del "Estado de Crisis" o la impotencia del poder (Poder vs.



Política). Una de las tesis más famosas del "Estado de crisis" de Bauman es la separación definitiva entre el Poder y la Política. El *Poder* (la capacidad de hacer cosas) se ha vuelto global y fluye en el espacio de los mercados y las redes financieras. La *Política* (la capacidad de decidir qué se debe hacer) se ha quedado encerrada en el marco local del Estado-nación. Como consecuencia de este proceso, los gobiernos nacionales tienen la representación legal, pero carecen del poder real para solucionar los problemas globales de sus ciudadanos, generando una crisis crónica de efectividad. Esto es concretado por Gurri describe en su capítulo sobre "El fracaso del gobierno". El Estado moderno sufre una parálisis porque el Público le exige que lo solucione todo (vivienda, empleo, seguridad), pero las instituciones burocráticas están desbordadas ante un entorno complejo, líquido, global, fragmentado y con crisis de autoridad. Para Gurri, el gobierno ya no puede legitimarse a través de sus resultados.

3

Bauman invocaba el activismo de "Enjambre" frente a las organizaciones tradicional. La metáfora del "enjambre" le ha servido para describir cómo se agrupa la sociedad líquida. A diferencia de un ejército (que es jerárquico, tiene líderes y marcha hacia un objetivo común), un enjambre de abejas se junta temporalmente, se mueve al unísono de forma caótica impulsado por un estímulo, y luego se disuelve sin dejar rastro ni estructura. Pues bien, el concepto de "Público" de Gurri es la descripción perfecta del enjambre de Bauman. Gurri insiste en que el Público no es una clase social ni un partido organizado: se trata de una masa horizontal que se activa en internet

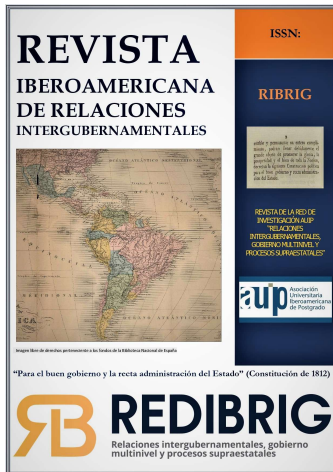


a través de la indignación en las redes sociales, coordinando protestas masivas (como el 15-M o *Occupy Wall Street*). Al igual que el enjambre, el Público tiene un inmenso poder para golpear a la Autoridad, pero una vez que pasa la tormenta, se fragmenta y disuelve porque carece de líderes y de un programa constructivo.

En la construcción teórica de Bauman no se puede prescindir del nihilismo y la "adicción a la indignación". Tanto Bauman como Gurri coinciden en que la política contemporánea ha perdido su dimensión utópica de construcción de futuro y se ha volcado hacia el desahogo emocional. Si Bauman señalaba que el ciudadano líquido, ante el miedo y la incertidumbre, busca chivos expiatorios y se refugia en comunidades de eco en internet donde solo busca confirmar sus prejuicios, por su parte, Gurri define este fenómeno como el peligro del nihilismo político. En el ecosistema digital, la política se convierte en un ejercicio de demolición moral del adversario. Al no haber propuestas de futuro viables, el Público se vuelve adicto a la indignación y al rechazo absoluto del sistema.

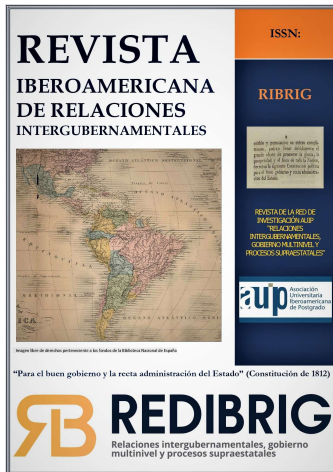
4

En síntesis, si Zygmunt Bauman describió el paisaje desolado e inestable del "Estado de crisis" líquido, Martín Gurri completa esta teoría explicando que internet y las redes sociales son los disolventes químicos que aceleraron esa licuación. Ambos autores nos advierten de que el gran desafío de nuestro tiempo no es ideológico (izquierda contra derecha), sino estructural: cómo evitar que la legítima rebelión de una sociedad interconectada termine por demoler las últimas instituciones sólidas que garantizan la convivencia democrática.



También es posible vincular *The Revolt of the Public* de Martin Gurri con la obra del célebre politólogo estadounidense Francis Fukuyama, que ofrece un contraste fascinante sobre los mismos problemas. Aunque Fukuyama es mundialmente famoso por su tesis de 1989 sobre *El fin de la historia* —donde argumentaba que la democracia liberal y el libre mercado eran la meta final del desarrollo político de la humanidad—, sus libros más recientes entablan un diálogo directo y profundo con las tesis de Gurri. El puente entre ambos autores se construye fundamentalmente a través de tres ejes teóricos.

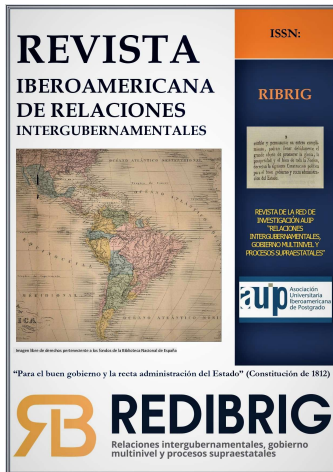
Por una parte, la degradación institucional y el concepto de *Vetocracia*. En sus obras monumentales *Los orígenes del orden político* y *Orden político y decadencia*, Fukuyama analiza cómo las instituciones democráticas fuertes pueden corromperse o esclerosarse con el tiempo. El politólogo acuñó el término "Vetocracia" para describir un sistema político donde los canales de participación se fragmentan tanto que es sumamente fácil para cualquier grupo bloquear o vetar una decisión, pero es casi imposible construir mayorías para gobernar. Se trata de una comprensión de la realidad que encaja de manera exacta con el "fracaso del gobierno" y la asimetría del poder descrita por Gurri, para quien el Público actual, empoderado por internet, ha perfeccionado la capacidad de decir "no", boicotear y paralizar iniciativas del *establishment* (un veto masivo). Ambos autores coinciden en que las democracias modernas se han vuelto incapaces de actuar con eficacia debido a esta hiperfragmentación que paraliza la gestión pública.



Por otra parte, la política de la identidad (*Identity*) frente a los "Nichos" digitales. En su libro *Identidad: La demanda de dignidad y las políticas del resentimiento* (2018), Fukuyama explica que la política del siglo XXI ha dejado de ser una lucha puramente económica (clases sociales, impuestos, distribución de la riqueza) para convertirse en una lucha por el reconocimiento y la dignidad de identidades específicas (nacionales, religiosas, de género, culturales). Esta fragmentación identitaria destruye el tejido de una cultura pública común. Pues bien, lo que Fukuyama define desde una perspectiva sociopolítica como identidades fragmentadas que exigen dignidad, Gurri lo describe desde la perspectiva tecnológica como los "nichos" del Público. Gurri insiste en su libro en que el Público no es homogéneo; es un archipiélago de tribus digitales mutuamente hostiles. La tecnología de la información, al destruir la escasez informativa, permitió que cada grupo identitario se encierre en su propia burbuja de confirmación, alimentando el resentimiento mutuo y atacando a la Autoridad común de la que habla Fukuyama.

6

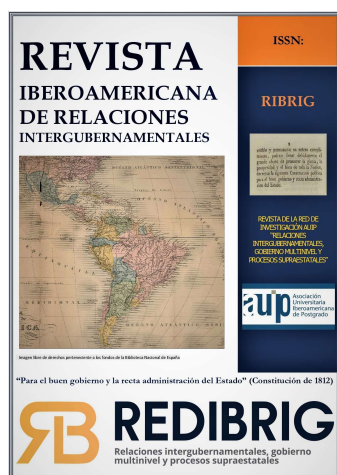
Por último, la ironía del "Fin de la Historia". El análisis de Gurri sirve para explicar por qué la profecía original de Fukuyama sobre *El fin de la historia* se agrietó en el nuevo milenio. Fukuyama asumía en 1989 que, una vez caídos los grandes totalitarismos, las sociedades convergerían racionalmente hacia el modelo de la democracia liberal de corte occidental. En cambio, Gurri demuestra que la globalización tecnológica no unificó al mundo bajo la razón democrática, sino que desató un nihilismo polí-



tico masivo. Al inundar el mundo con información, internet no creó ciudadanos globales más ilustrados, sino ciudadanos indignados que utilizan los datos para demoler la legitimidad de las propias instituciones liberales que Fukuyama defendía. El desencanto democrático actual no proviene de una ideología rival (como el comunismo o el fascismo clásicos), sino de una erosión interna e invisible provocada por la desconfianza del Público hacia sus propios gobernantes.

En otras palabras, mientras Francis Fukuyama nos advierte del peligro institucional de la "vetocracia" y de cómo la política de la identidad fragmenta la cohesión del Estado moderno, Martin Gurri nos entrega la caja negra del avión: nos explica que fueron las redes sociales y el colapso de la escasez informativa lo que dinamitó el orden institucional, convirtiendo la demanda de dignidad de Fukuyama en una fuerza destructiva, horizontal y permanentemente indignada.

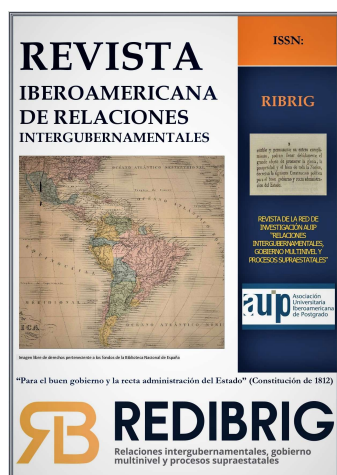
Precisamente, la fragmentación del espacio público — fenómeno por el cual la plaza pública unificada se rompe en mil pedazos o “nichos” incomunicados, que Martin Gurri sitúa en el centro de su tesis— es uno de los temas más abordados por la sociología y la filosofía política contemporáneas, particularmente por parte de la teoría de Jürgen Habermas y la "Nueva Infografía del Espacio Público". No en vano, en la actualidad, resulta imposible escribir de lo público sin citar al filósofo y sociólogo alemán. En 1962, Habermas escribió su obra cumbre “Historia y crítica de la opinión pública”, donde definía el "espacio público" como ese lugar de debate racional donde



los ciudadanos burgueses se reunían (en cafés, periódicos y salones) para discutir sobre el bien común mediante argumentos válidos. En sus últimas obras, Habermas demostró un profundo pesimismo ante la era digital, explicando que internet ha provocado una “feudalización” o fragmentación del espacio público. Las redes sociales sustituyen la deliberación racional e integradora por la creación de burbujas donde la gente no busca debatir con el diferente, sino autoafirmarse. Lo público ya no es un espacio de consenso, sino un archipiélago de discursos polarizados.

A partir de los marcos teóricos de Bauman, Fukuyama y Habermas, el mapa conceptual de Martin Gurri en *The Revolt of the Public* conecta asimismo con varios de los pensadores y politólogos más importantes de las últimas décadas.

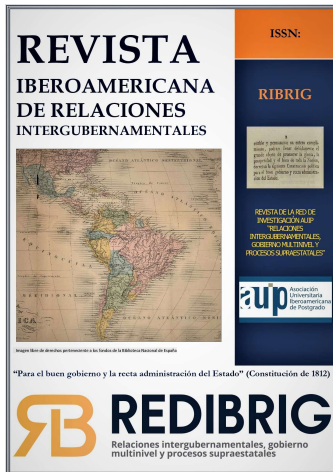
En primer lugar, el profesor de Harvard Cass Sunstein, quien advertía desde una perspectiva constitucional y legal, cómo internet destruiría el espacio público, siendo referenciales sus obras *Republic.com* (2001) y *#Republic: Divided Democracy in the Age of Social Media* (2017). Para su análisis de la fragmentación Sunstein acuñó términos clave como las cámaras de eco (echo chambers) y ciberpolarización, con los que explica que en una democracia sana, los ciudadanos necesitan verse expuestos de forma accidental a opiniones e intereses distintos a los suyos (lo que ocurría al leer un periódico generalista o pasear por la calle). Sin embargo, el ecosistema digital permite el filtrado personalizado (el “Yo-Media”): el usuario se fragmenta aislándose en un entorno donde solo escucha voces que piensan exactamente



como él, lo que radicaliza las posturas y destruye la base de la deliberación constitucional.

En segundo lugar, Moisés Naím y *El fin del poder* (2013), que podríamos considerar el alma gemela del libro de Gurri. Publicado casi al mismo tiempo, el reputado intelectual venezolano Moisés Naím plantea una tesis que encaja milimétricamente con la del analista de la CIA. Naím argumenta que en el siglo XXI el poder es más fácil de obtener, más difícil de usar y mucho más fácil de perder. Y explica que las grandes megaburocracias (los ejércitos tradicionales, los grandes partidos, los monopolios estatales) están perdiendo fuerza frente a los "micro-poderes" (los insurgentes, los activistas digitales, los partidos minoritarios). Lo que Naím describe como la degradación del poder es exactamente lo que Gurri denomina la crisis de la autoridad provocada por el colapso de la escasez de información. Ambos coinciden en que los de arriba ya no pueden mandar como antes porque los de abajo tienen herramientas de veto masivo.

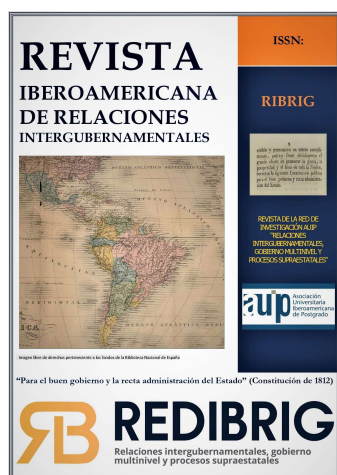
En tercer lugar, la tesis de Gurri también nos recuerda el pensamiento de Byung-Chul Han, en *En el enjambre* (2013) e *Infocracia* (2022). El filósofo surcoreano afincado en Alemania ha dedicado gran parte de su obra a analizar cómo la revolución digital ha modificado la psique colectiva y la política, utilizando conceptos idénticos a los de Gurri. Han explica que los ciudadanos digitales ya no forman una "masa" en el sentido clásico (que marchaba unida bajo una bandera o un líder), sino un "enjambre digital". Los individuos del enjambre están aislados, pero se aglutinan momentáneamente a través de arrebatos de indignación (lo que él llama las tormentas



de mierda o *shitstorms*). En su libro *Infocracia*, además, analiza cómo el exceso de información desintegra el discurso racional. En síntesis, el "enjambre" de Han es el "Público" de Gurri. Ambos describen un ecosistema donde las redes sociales premian el ruido, el linchamiento moral y el ataque a las instituciones, destruyendo la posibilidad de un debate democrático pausado y constructivo (el nihilismo político referido por Gurri).

En cuarto lugar, las evocaciones de la obra de Gurri también nos trasladan a las propuestas de Yascha Mounk en *El pueblo contra la democracia* (2018). Mounk, uno de los politólogos líderes en el estudio de la crisis de las democracias liberales, divide el problema sistémico actual en dos tendencias peligrosas que encajan perfectamente en el choque entre Público y Autoridad. Y asegura que nuestro sistema se está partiendo en dos: por un lado, una "democracia sin derechos" (populismos iliberales impulsados por la ira popular) y, por el otro, un "liberalismo sin democracia" (régimenes tecnocráticos donde los expertos y los tribunales toman las decisiones ignorando los deseos de la gente). El "liberalismo sin democracia" es la autoridad tecnocrática, prepotente y soberbia que se cree infalible, pero que fracasa al intentar controlar la realidad. La "democracia sin derechos" es la respuesta visceral del Público insurgente, que prefiere votar a un líder destructivo con tal de castigar a las élites que lo ignoran.

En quinto lugar, la rebelión de lo público también tronca con el francés Pierre Rosanvallon y *La contrademocracia* (2006), que se anticipó una década a los esta-

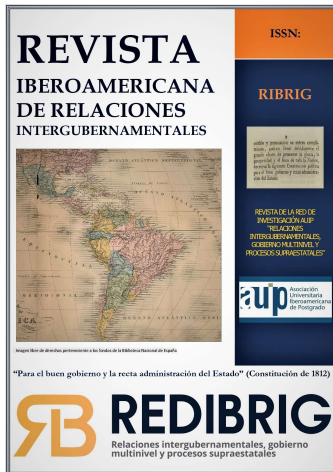


lidos de las redes sociales y a la mutación en el comportamiento del ciudadano que Gurri acabó viendo materializada tecnológicamente. Rosanvallon acuñó el término "contrademocracia" para explicar que la ciudadanía ha dejado de manifestar su soberanía a través del voto positivo (aprobar programas de gobierno), pasando a ejercer una soberanía de la desconfianza. Esta se manifiesta en tres poderes: el poder de vigilancia, el poder de veto (bloquear decisiones) y el poder de juzgar (la denuncia pública). Gurri asume la razón histórica a Rosanvallon porque el "Público" de Gurri es un sujeto puramente contrademocrático: carece de la estructura para proponer leyes o gestionar ministerios, pero tiene un poder absoluto e inmediato en internet para vigilar, denunciar, vetar y castigar a cualquier gobernante.

11

Si reunimos a todos estos autores en una misma habitación, comprendemos que todos están describiendo el mismo dilema desde distintos ángulos: las constituciones y los gobiernos del siglo XX se diseñaron bajo la premisa de que la sociedad era lenta y la información escasa. Autores como Naím y Gurri nos alertan de que el poder se ha atomizado; Byung-Chul Han nos muestra la psicología histórica de ese nuevo poder horizontal; Rosanvallon nos dice que la desconfianza es la nueva fe ciudadana y Mounk nos advierte de que el resultado final de este choque puede ser el colapso de las libertades democrática

Finalizamos con otros dos autores. Por un lado, Eli Pariser y su *El filtro burbuja* (2011), donde se defiende que la fragmentación de lo público ya no es solo una elección

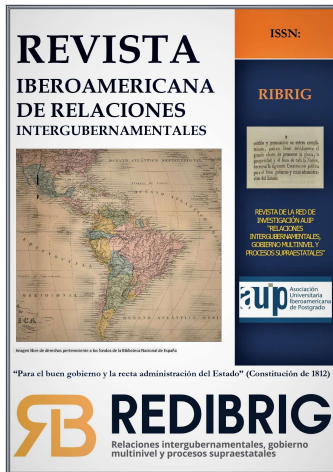


del ciudadano (como sugería Sunstein), sino una imposición invisible de los algoritmos de Google, Facebook o Twitter-X. Al buscar darnos contenido que retenga nuestra atención, las plataformas crean un filtro burbuja personalizado para cada individuo. El espacio público se rompe porque ya no compartimos una realidad objetiva común: dos personas que buscan el mismo término político en internet reciben resultados completamente diferentes basados en su historial, fragmentando la verdad en múltiples realidades paralelas.

Por su parte, Richard Sennett analizó con carácter pionero la raíz cultural de la fragmentación en una obra fundamental: *El declive del hombre público* (1977), donde se razona que las sociedades occidentales sufrieron una mutación cultural hacia el “narcisismo e intimismo político”, abandonando el interés por el espacio público abstracto (las instituciones, las leyes de alcance general) para refugiarse en la búsqueda de comunidades basadas en la identidad y los sentimientos compartidos. Para Sennett, lo público se fragmenta cuando la política deja de ser un espacio impersonal de negociación y se transforma en una pasarela donde los grupos solo buscan que se validen sus emociones e identidades particulares.

2. La rebelión de lo público

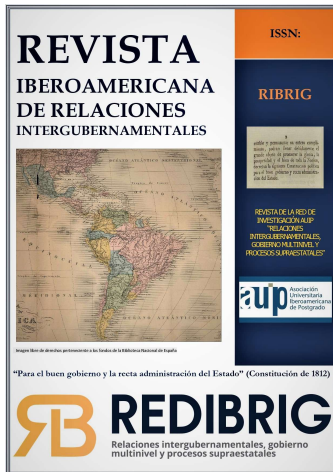
Asumiendo Gurri estas influencias, bien de forma explícita, bien implícitamente, *La rebelión del público: La crisis de la autoridad en el nuevo milenio*, de Martin Gurri, actualiza de forma rigurosa y divulgativa el estado de la cuestión. Publicado originalmente en formato digital en 2014 y expandido por Stripe Press en 2018, el libro



describe el choque tectónico entre las instituciones jerárquicas del siglo XX (la "Autoridad") y una masa ciudadana interconectada y fragmentada por internet (el "Público"). Recorramos su estructura y contenidos.

La Parte I, bajo la rúbrica *el choque entre el público y la autoridad*, comienza con el Capítulo I sobre el “preludio para una época turbulenta”. Gurri abre el libro contextualizando en un momento de quiebra su sistema político: un entorno político y social marcado por la inestabilidad, la desconfianza ciega en las instituciones y la polarización extrema. La tesis de este preludio es que el orden político del siglo XX ha muerto. La llegada del nuevo milenio trajo consigo una velocidad de acontecimientos que las burocracias estatales, diseñadas para la lentitud y el control de la información, son incapaces de asimilar. Este capítulo asienta las bases del conflicto: no estamos ante una crisis política ordinaria, sino ante un cambio de época impulsado por la tecnología de la información.

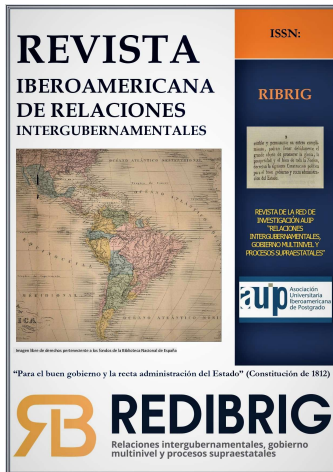
Bajo la rúbrica de “Un preludio para una época turbulenta”, Martín Gurri introduce al lector en la atmósfera de caos, desorientación e inestabilidad política que define al nuevo milenio. En este apartado, el autor explica varios puntos clave que sirven para justificar y abrir la tesis de su obra, en particular, el colapso del orden del siglo XX. Gurri explica que las estructuras que daban estabilidad al mundo —los partidos políticos tradicionales, las grandes corporaciones de medios de comunicación y las burocracias estatales— han perdido su capacidad para contener y dirigir a la sociedad. El orden político que funcionó durante la era industrial ha muerto de



forma definitiva, dando paso a una época caracterizada por la incertidumbre y la fragmentación.

Se analiza asimismo la velocidad de los acontecimientos vs. la lentitud burocrática. El prelude expone un grave desajuste temporal: la tecnología ha provocado que los sucesos políticos, las crisis de reputación y las movilizaciones sociales ocurran a una velocidad fulminante. Frente a esto, los gobiernos e instituciones tradicionales (la "Autoridad") siguen operando con la lentitud propia de los procesos burocráticos del siglo pasado, lo que los hace parecer crónicamente torpes, desbordados e incapaces de asimilar o reaccionar a tiempo ante el nuevo entorno.

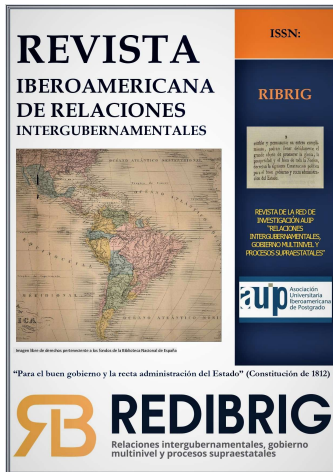
Se trata de una crisis que va más allá de la política ordinaria. El autor aclara desde el principio que la inestabilidad actual, la polarización extrema y la desconfianza ciega en las instituciones no son simples baches democráticos ordinarios ni problemas que se puedan solucionar cambiando un presidente por otro o ganando las próximas elecciones. Gurri explica que estamos ante un cambio de fase histórico profundo, una mutación en las reglas del juego de la civilización humana cuyo motor principal no es una ideología, sino el impacto de la tecnología de la información sobre las relaciones de poder. El prelude funciona, en definitiva, como una advertencia al lector de que el viejo mapa conceptual para entender el mundo ya no sirve, asentando el terreno para explicar el gran choque tectónico entre el Público y la Autoridad que desarrollará en el resto del libro



El Capítulo II se refiere a Hoder y Wael Ghonim. Para ilustrar su teoría con casos reales, el autor analiza a dos figuras clave de los albores de las revoluciones digitales en Medio Oriente: "Hoder" (Hossein Derakhshan), considerado el padre de la blogosfera iraní, quien demostró cómo un solo individuo con una computadora podía agrietar el monopolio informativo de una teocracia totalitaria. Y Wael Ghonim, el ejecutivo de Google que, desde el anonimato de una página de Facebook, coordinó las protestas de la Plaza Tahrir que derrocaron al dictador egipcio Hosni Mubarak. Gurri utiliza estos ejemplos para demostrar que la tecnología otorgó al individuo un poder de convocatoria y una voz que antes solo poseían los Estados o las grandes corporaciones de medios. Martin Gurri utiliza a estas dos figuras reales de Oriente Medio como los primeros grandes ejemplos prácticos de cómo la tecnología de la información fue capaz de quebrar el monopolio de los Estados.

15

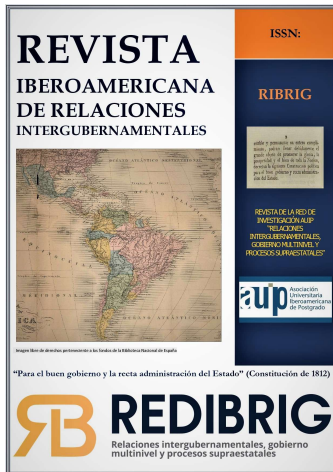
Los describe de la siguiente manera: "Hoder" (Hossein Derakhshan): Es un periodista y bloguero iraní-canadiense, considerado por muchos como el "padre de la blogosfera" en Irán. A principios de la década de 2000, Hoder publicó una guía sencilla en internet en idioma farsi que enseñaba a los ciudadanos comunes cómo abrir su propio blog. Esto desató una revolución informativa silenciosa: de la noche a la mañana, miles de jóvenes iraníes crearon diarios digitales donde hablaban de música, cultura, religión y política, agrietando por primera vez el férreo monopolio que la teocracia totalitaria de Irán ejercía sobre la información y la opinión pública. En el caso de Wael Ghonim, se trata de un ingeniero y ejecutivo de



marketing de Google en Egipto que se convirtió en una figura clave de la Primavera Árabe en 2011. Tras la muerte del joven Khaled Said a manos de la policía egipcia, Ghonim creó de forma anónima una página de Facebook titulada "Todos somos Khaled Said". Desde esa plataforma digital, sin ser un líder político tradicional ni pertenecer a ningún partido, logró canalizar la indignación ciudadana y coordinar las manifestaciones de la Plaza Tahrir que terminaron derrocando al dictador Hosni Mubarak.

Para Gurri, Hoder y Ghonim representan el nacimiento del "Público" moderno: individuos comunes y corrientes que, armados únicamente con una computadora o un teléfono inteligente conectado a redes sociales, demostraron tener más poder de convocatoria y un impacto narrativo mayor que el de los gigantescos aparatos de propaganda de los Estados occidentales o dictatoriales.

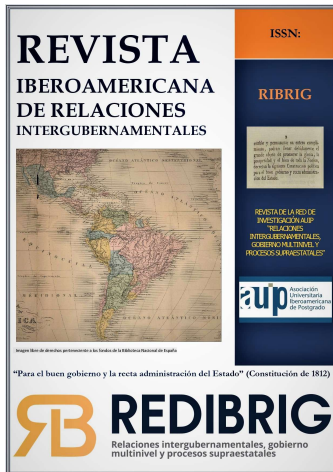
El Capítulo III se denomina Mi tesis, donde se expone el núcleo conceptual del libro, basado en el colapso de la escasez de información. Durante el siglo XX, la información era escasa y estaba centralizada; la "Autoridad" (gobiernos, científicos, grandes periódicos) basaba su legitimidad en que poseía el saber y controlaba el megáfono. Con la llegada de internet, se produjo una explosión de información que rompió ese monopolio. El Público, al tener acceso a las tripas del poder y ver los errores, contradicciones y limitaciones de sus gobernantes en tiempo real, perdió el respeto por la Autoridad. Se genera así una asimetría: el Público tiene un poder inmenso para negar y destruir la legitimidad del gobierno, pero carece de una estructura para construir alternativas.



Para comprender el concepto del "colapso de la escasez de información", hay que entender cómo funcionaba el mundo antes de internet y cómo funciona hoy. A tal fin, Martin Gurri explica que la legitimidad de las instituciones del siglo XX no se basaba en la fuerza bruta, sino en un ecosistema informativo muy específico, y lo describe mediante el siguiente contraste histórico: el viejo mundo se define por la escasez de información. Durante la era industrial y la mayor parte del siglo XX, la información era un bien escaso, costoso y centralizado. Producir información requería grandes inversiones: imprentas, antenas de televisión, satélites o burocracias gubernamentales. En ese entorno, la "Autoridad" (los presidentes, los científicos, los directores de los grandes periódicos, las agencias de inteligencia) funcionaba como un "filtro" o portero. Ellos controlaban el megáfono y decidían qué sabía el público y qué no. Su legitimidad se sostenía sobre una premisa: "Nosotros gobernamos y tú nos escuchas porque nosotros poseemos los datos, el conocimiento técnico y la visión global que tú, ciudadano común, no tienes". El público aceptaba esto de forma pasiva debido a la falta de alternativas informativas.

17

Todo quiebra con el colapso de la escasez. Con la llegada de internet, las redes sociales y los teléfonos inteligentes, la escasez de información murió de golpe. Pasamos de un desierto informativo a un tsunami de datos incontrolable. Este colapso provocó tres efectos devastadores para el poder: a) La pérdida del control de la narrativa: Los gobiernos y los grandes medios de comunicación ya no pueden silenciar las noticias ni controlar la

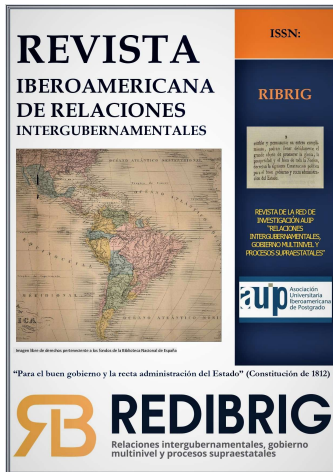


agenda. Si un gobierno miente o comete un error, un ciudadano con un teléfono móvil lo graba, lo sube a la red y lo vuelve viral en cuestión de minutos, puenteando por completo los filtros oficiales; b) La desmitificación de las élites: Al colapsar la escasez, las "tripas" del poder quedaron expuestas. El Público empezó a ver en tiempo real las contradicciones de los políticos, los fallos de los científicos, la corrupción de las instituciones y la ineficacia de los planes gubernamentales. El velo de infalibilidad y misterio que protegía a la Autoridad se desvaneció. El Público se dio cuenta de que "los expertos" muchas veces no sabían qué hacer, lo que destruyó el respeto reverencial hacia ellos; y c) La sobrecarga y el relativismo: Al haber tanta información disponible, la verdad se fragmentó. El Público ya no necesita creerle a la Autoridad oficial porque siempre puede encontrar en internet un blog, un foro o un video de YouTube que valide sus propias sospechas o teorías de la conspiración.

18

En resumen, el "colapso de la escasez de información" significa que la Autoridad perdió el monopolio de la verdad. Al inundar el mundo con datos, la tecnología le dio al Público el poder de vigilar, cuestionar e impugnar cada decisión de sus gobernantes, despojando a las instituciones de la confianza ciega sobre la que antes construían su poder.

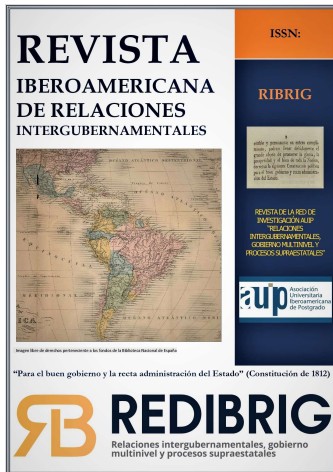
En el Capítulo IV, sobre *Lo que el público no es*, Gurri se distancia de las visiones sociológicas tradicionales (como el marxismo o las teorías de masas clásicas). El "Público" no es una clase social unificada, no es un partido político, ni es una masa homogénea con una ideolo-



gía clara. El Público es una amalgama de nichos dispersos y mutuamente hostiles que solo se ponen de acuerdo en una cosa: su oposición al *establishment*. No tiene líderes claros ni un programa de gobierno. El autor enfatiza que el Público no busca tomar el poder para implementar un nuevo orden; su motivación principal es la impugnación, el rechazo y la denuncia de la incompetencia de las élites.

En el Capítulo V, sobre el *Cambio de fase 2011*, se analiza el punto de inflexión global de 2011, el momento en que la rebelión mutó de escala. Gurri analiza cómo, de manera casi simultánea, estallaron movimientos aparentemente inconexos por todo el mundo: la Primavera Árabe, los Indignados del 15-M en España, el movimiento *Occupy Wall Street* en Estados Unidos y las protestas masivas en Israel por el coste de la vida. A pesar de sus diferencias geográficas y culturales, todos compartían el mismo código genético: eran movimientos horizontales, organizados en redes sociales, que carecían de líderes formales y cuyos manifiestos eran puramente destructivos o utópicos. Fue el año en que la Autoridad en todo el mundo se dio cuenta de que había perdido el control de la narrativa.

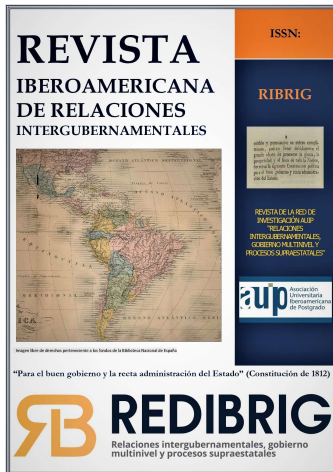
La Parte II se denomina *La caída de las instituciones y el nihilismo*, y en su Capítulo VI se analiza “Una crisis de la autoridad”: la psicología de las élites institucionales y cómo la Autoridad (política, académica, mediática) está sufriendo una crisis de identidad profunda porque sigue operando bajo las reglas del siglo XX. Al verse cuestionada, la Autoridad suele reaccionar con soberbia, tachando al público de ignorante o populista, lo que solo



aviva las llamas de la desconfianza. Gurri argumenta que la pérdida de autoridad es irreversible: una vez que el velo de infalibilidad de las instituciones se ha roto por la sobreexposición informativa, es imposible volver a generar la fe ciega del pasado.

De gran interés se presenta el Capítulo VII sobre el fracaso del gobierno: ¿por qué los gobiernos modernos parecen crónicamente incompetentes? En la era industrial, el Estado asumió el rol de un ente tecnocrático omnipotente capaz de solucionar cualquier problema (la pobreza, la salud, la economía) mediante planes centralizados. En el nuevo milenio, esa promesa se estrella contra la complejidad de la realidad. Cuando el gobierno intenta solucionar un problema y fracasa (o sus resultados son mediocres), ese fracaso es inmediatamente diseccionado, magnificado y viralizado por el Público en las redes. El Estado se vuelve impotente porque está diseñado para un mundo de certezas burocráticas, mientras que el entorno actual exige una agilidad que las instituciones no poseen. En síntesis, en este capítulo Martin Gurri aborda la crisis de efectividad del Estado moderno no como un problema de corrupción o de un partido político específico, sino como un desajuste estructural entre las expectativas de la sociedad y las capacidades reales de las instituciones decimonónicas. Para Gurri, el concepto del "fracaso del gobierno" se manifiesta de manera amplia a través de las siguientes dinámicas fundamentales:

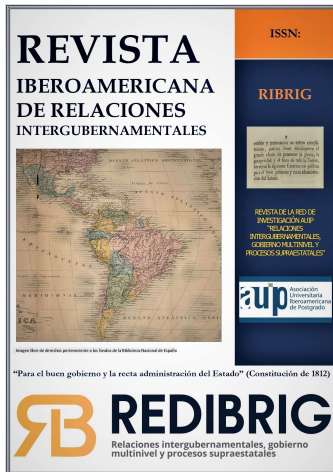
a) El fin del mito del "Estado Científico-Tecnocrático": Durante el siglo XX, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos occidentales vendieron una



narrativa muy poderosa: el Estado, guiado por burócratas expertos, científicos y economistas, era una máquina perfecta capaz de resolver cualquier problema social. Se asumía que si el gobierno inyectaba suficiente presupuesto y creaba una nueva agencia o ministerio, podría erradicar la pobreza, planificar la economía, garantizar el pleno empleo o diseñar ciudades perfectas. Gurri explica que este modelo funcionaba de cara al público porque la escasez de información permitía ocultar los errores de cálculo. En el nuevo milenio, el colapso de esa escasez ha dejado al desnudo que la sociedad es un sistema demasiado complejo, caótico y dinámico para ser controlado por una burocracia centralizada. Cuando el Estado intenta aplicar sus recetas rígidas y estandarizadas a problemas hipercomplejos, los resultados suelen ser mediocres o directamente contraproducentes.

21

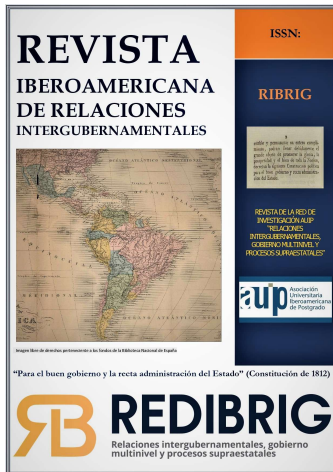
b) La trampa de las falsas expectativas: Al haber operado bajo la promesa de que podían solucionarlo todo, los gobiernos modernos quedaron atrapados en su propia retórica. El Público actual da por sentados los servicios básicos y exige que el Estado garantice el bienestar absoluto y resuelva crisis existenciales de manera inmediata. Como la realidad es terca y los gobiernos no poseen una varita mágica, el fracaso estatal es inevitable. Lo grave, según Gurri, es que hoy en día cualquier error —por pequeño que sea— ya no se queda en los pasillos de un ministerio: es inmediatamente diseccionado, expuesto, ridiculizado y viralizado por miles de ciudadanos en las redes sociales. La distancia entre lo que el gobierno *promete* que puede hacer y lo que el Público *ve* que realmente hace se ha convertido en un abismo insalvable.



c) La parálisis burocrática ante la velocidad digital: Los gobiernos están diseñados intencionalmente para ser lentos. Sus procesos requieren comisiones, capas de aprobación legal, jerarquías rígidas, auditorías y tiempos políticos. Esta lentitud, que en el siglo XX garantizaba estabilidad, en el siglo XXI equivale a la parálisis. Mientras el Público en internet procesa los acontecimientos, genera indignación y se organiza a la velocidad de un clic, el gobierno tarda semanas o meses en articular una respuesta oficial. Cuando el Estado finalmente reacciona, la conversación social ya ha mutado tres veces, lo que genera en la ciudadanía una constante y profunda sensación de que sus gobernantes son crónicamente incompetentes, lentos y están totalmente desconectados de la realidad.

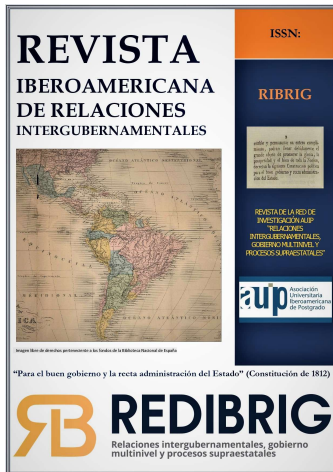
22

d) El repliegue defensivo de la Autoridad: Ante la presión asfixiante del Público que fiscaliza cada movimiento, los gobernantes y funcionarios públicos han entrado en un estado de pánico institucional. Gurri señala que el miedo a provocar una tormenta en las redes sociales o a ser el blanco de la indignación popular ha provocado que el gobierno deje de gobernar a largo plazo. La política estatal se ha vuelto puramente reactiva y defensiva. En lugar de diseñar reformas profundas o tomar decisiones difíciles pero necesarias, las élites políticas se enfocan en la gestión de crisis de comunicación diarias, la puesta en escena y el control de daños cosmético. El gobierno fracasa porque ha sustituido la acción política real por la gestión de su propia reputación digital.



En conclusión, para Martin Gurri, el "fracaso del gobierno" no significa que el Estado haya dejado de funcionar por completo, sino que ha perdido la capacidad de legitimarse a través de sus resultados. Al verse expuesta su impotencia natural para resolver la complejidad del mundo moderno, el Estado aparece ante el Público como una estructura cara, ineficiente, obsoleta y soberbia, alimentando el ciclo de rechazo y nihilismo que recorre las democracias actuales.

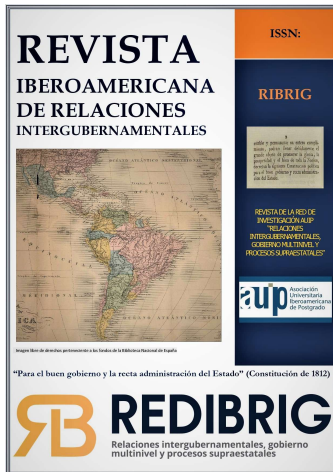
Capítulo VIII versa sobre nihilismo y democracia, quizá el más pesimista y sombrío de la obra. Al carecer de propuestas concretas y de una estructura jerárquica, la rebelión del Público corre el riesgo constante de deslizarse hacia el nihilismo político. Dado que el ecosistema digital premia el ataque y la indignación por encima de la deliberación constructiva, el debate democrático se vacía de contenido. La política se convierte en un ejercicio de demolición: el objetivo ya no es ganar un debate para implementar reformas, sino destruir moral y reputacionalmente al adversario o a la institución. Esto pone en jaque la supervivencia de la propia democracia liberal, la cual requiere pactos, procesos lentos e instituciones representativas para subsistir. Martin Gurri define el nihilismo político no como una teoría filosófica abstracta, sino como una actitud de impugnación y rechazo absoluto hacia el sistema vigente, desprovista de cualquier propuesta o alternativa constructiva. Para el autor cubano-americano, el nihilismo político es la gran patología del "Público" en la era digital y se manifiesta a través de las siguientes características fundamentales:



El nihilista político se mueve por la indignación y el resentimiento hacia las élites, las instituciones y el “establishment”. Su único objetivo claro se dirige a derribar, desacreditar o castigar a la Autoridad. Sin embargo, si le preguntas qué modelo económico, qué leyes o qué estructura institucional propone para reemplazar lo que quiere destruir, la respuesta es el vacío. Se trata de una rebelión que no busca tomar el poder para gobernar, sino simplemente sabotear el poder existente.

La democracia liberal funciona mediante procesos lentos, deliberación, cesiones mutuas y pactos institucionales. El nihilismo político, alimentado por la dinámica de las redes sociales, considera que cualquier intento de negociar con la Autoridad es una traición o un acto de corrupción. De manera que, al exigir soluciones utópicas e inmediatas, y rechazar las reglas del juego democrático, el Público nihilista paraliza la capacidad de hacer política.

La política como un ejercicio de demolición moral implica que, bajo la influencia de este nihilismo, el debate público se vacía de argumentos técnicos o ideológicos y se transforma en una guerra de reputaciones. Ya no se discute si una ley es eficiente o no; el objetivo de los nichos digitales es la aniquilación moral del adversario. Se busca demostrar que la Autoridad es intrínsecamente malvada, mentirosa o incompetente. La política deja de ser la gestión del bien común y se convierte en un espectáculo de linchamiento y denuncia constante.

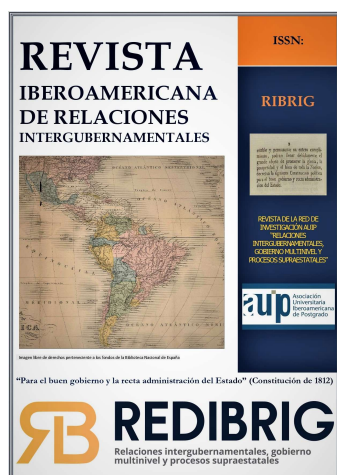


En cuanto a la elevación de líderes "insurgentes", el clima de escepticismo radical y rabia abre la puerta a políticos populistas u outsiders (los llamados "insurgentes", como Donald Trump o los líderes de movimientos anti-sistema). El Público no los vota porque confíe en su capacidad de gestión o en su programa de gobierno, sino precisamente porque prometen ser una bomba dentro del sistema. La credibilidad de estos líderes radica en su hostilidad hacia las instituciones compartida con el Público. En resumen, para Martin Gurri, el nihilismo político es el peligro de que el Público, usando el inmenso poder de veto que le otorgan las redes sociales, termine por demoler las instituciones democráticas que sostienen la convivencia civil sin ser capaz de poner nada en su lugar, dejando a la sociedad en un estado de parálisis y caos permanente.

25

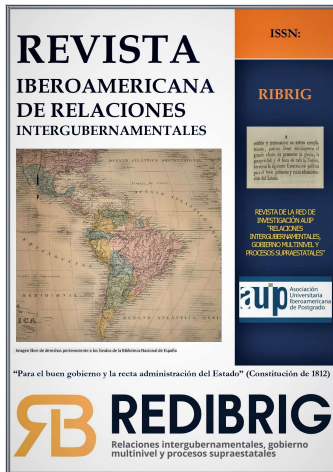
El Capítulo IX trata sobre elecciones y sistemas, donde Gurri aborda el impacto de este fenómeno en los sistemas electorales tradicionales. Los partidos políticos tradicionales (los grandes bloques del siglo XX) se están desmoronando o fragmentando porque ya no pueden contener los "nichos" del Público. Las elecciones ya no se ganan ofreciendo grandes visiones de futuro o programas económicos complejos, sino canalizando el resentimiento del Público contra el sistema. El sistema electoral se convierte en un mecanismo de castigo: el Público vota "en contra de" las élites actuales, elevando a candidatos *outsiders* o populistas cuya única credibilidad es prometer que van a "romper" el sistema establecido.

Por último, el Capítulo X se titular "Final para escépticos", donde se huye del optimismo ingenuo del tecno-



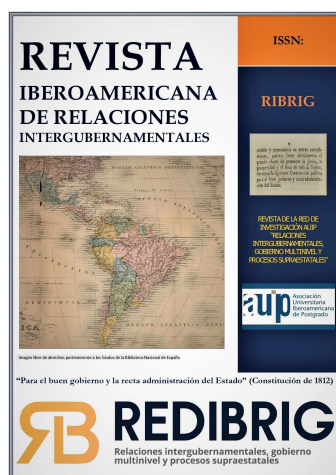
utopismo, pero también del catastrofismo absoluto. Gurri se define como un escéptico y sostiene que no hay una solución mágica para esta crisis de autoridad porque la tecnología no va a dar marcha atrás. El Público seguirá teniendo el poder de la información y la Autoridad seguirá siendo débil. La única salida viable, sugiere, es que la Autoridad asuma una postura de humildad radical: abandonar las pretensiones de infalibilidad, hablar con transparencia, reducir el alcance de sus promesas tecnocráticas y aprender a coexistir con un Público que vigila y cuestiona constantemente.

Como epílogo, las reconsideraciones sobre “Trump, Brexit y el adiós a todo eso”, añadidas en la edición de 2018 de Stripe Press, se incluye la validación empírica de la tesis original de Gurri. Cuando el libro se autopublicó en 2014, muchos consideraron que las protestas de 2011 eran una anomalía pasajera. Los terremotos políticos de 2016 demostraron lo contrario. En el Brexit, el Público británico votó en contra de todas las recomendaciones de los científicos, economistas, partidos políticos y medios de comunicación tradicionales (la Autoridad unificada). Fue un acto puro de negación de la legitimidad de las élites. En cuanto a Donald Trump, se trata del ejemplo definitivo del insurgente del Público. Trump utilizó Twitter para saltarse los filtros de los medios tradicionales y de su propio partido, conectando directamente con los nichos indignados a través de una campaña que no se basó en la ortodoxia política, sino en el ataque constante e histriónico a las instituciones y a la “ciénaga” de Washington. El autor deduce de todo ello que la rebelión ha salido de las plazas públicas de los manifestantes y ha tomado



los centros de poder de las democracias occidentales, marcando el "adiós" definitivo al consenso político del siglo pasado.

Concluimos con un breve comentario para estudiosos españoles del Derecho Constitucional, una disciplina tan alejada metodológicamente de los postulados más realistas de la Ciencia del Derecho Constitucional (Government, Constitutional Law...) de los Estados Unidos de América. En España adoptamos, con fiel ortodoxia, un concepto de Constitución jurídico-formal que se complementa con contenidos ideológicos y materiales y la asunción de un sistema de valores. La citada concepción formal fue una conquista disciplinar que exige, al mismo tiempo, como recomendaba Hesse, un ejercicio permanente de ajuste entre la Constitución formal y la realidad constitucional. Cuando la norma suprema resulta contradicha por la realidad, debe advertirse para que se apliquen los procedimientos de defensa y actualización de la Constitución. El jurista de lo constitucional no es un mero espectador equidistante y pasivo: debe conocer la realidad y utilizar instrumentalmente las ciencias no jurídicas que la estudian para integrar en cada caso el supuesto de hecho y la consecuencia jurídica, denunciando los ataques a la Constitución. Una parte significativa de lo descrito por Gurri en *The Revolt of the Public* también ocurre en España, y como realidad constitucional exige respuestas jurídicas para que el Estado democrático y de Derecho sea defendido. En un mundo donde las mayorías ya no creen en la autoridad tradicional, el Derecho Constitucional debe ampliar su objeto de conocimiento para integrar en su marco teórico los nuevos conceptos



políticos y ofrecer soluciones constitucionales que preserven la democracia, los derechos fundamentales, el sistema representativo, el control del poder y la división de poderes.